

LA CASA  
DE  
«EL GATO JUGUETÓN»



Hacia la mitad de la calle de Saint Denis, casi en la esquina de la calle del Petit-Lion, existía desde hace poco una de esas valiosas casas que proporcionan a los historiadores la facilidad de reconstruir por analogía el antiguo París. Los muros, que amenazaban ruina, de esta casita parecían haber sido decorados abigarradamente con jeroglíficos. ¿Qué otro nombre podía dar el desocupado paseante a las X y a las V que trazaban sobre la fachada los maderos transversales o diagonales dibujados en el enlucido por pequeñas grietas paralelas? Obligadamente, al paso de los vehículos, cada una de dichas vigas retemblaba dentro de su hueco correspondiente. Este venerable edificio estaba coronado con un techo triangular del que pronto no se verá ya ningún modelo en París. Dicho tejado, retorcido por las intemperies del clima parisiense, sobresalía tres pies sobre la calle, tanto para librar de las aguas de lluvia el umbral de la puerta como para resguardar el muro de un granero y su claraboya carente de sostén. Este último piso estaba construido con planchas de madera clavadas una sobre otra a la manera de un empizarrado, con el fin sin duda de no sobrecargar tan endeble edificio.

En un amanecer lluvioso del mes de marzo, un joven, cuidadosamente envuelto en su abrigo, permanecía bajo el alero de la tienda que se encontraba enfrente de la vieja mansión, y parecía examinarla con un entusiasmo de arqueólogo.

En verdad, esta reliquia de la burguesía del siglo XVI podía ofrecer al observador más de un problema que resolver. Cada piso poseía su peculiaridad. En el primero, cuatro ventanas largas, estrechas y muy cercanas la una de la otra, tenían cuarterones de madera en su parte inferior, con el fin de producir esa luz dudosa, en favor de la cual un mercader hábil presta a las telas el color deseado por sus parroquianos. El joven parecía lleno de desdén hacia esta parte esencial de la casa, en la que sus ojos no se habían detenido aún. No le interesaban más las ventanas del segundo piso, cuyas celosías levantadas permitían ver, a través de grandes piezas de vidrio de Bohemia, unas cortinillas de muselina rosa. Su atención se dirigía especialmente a las humildes ventanas del tercero, cuya madera groseramente trabajada merecía haber sido expuesta en el Conservatorio de Artes y Oficios para mostrar así los primeros esfuerzos de la carpintería francesa. Estas ventanas tenían unos vidrios pequeños de un color tan verde, que, a no ser por su vista excelente, no habría podido percibir el joven las cortinas hechas con una tela a cuadros azules, que ocultaban a los ojos de los profanos los misterios del cuarto. A veces, nuestro observador, aburrido de su infructuosa contemplación, o del silencio en el que se hallaba envuelta la casa, así como todo el barrio, hacía descender sus miradas a las regiones inferiores. Una sonrisa involuntaria se dibujaba entonces en sus labios, al ver de nuevo la tienda, donde, por cierto, se exhibían cosas bastante risibles. Una formidable viga de madera, apoyada horizontalmente sobre cuatro pilares que parecían curvados bajo el peso de esta casa decrepita, había sido repintada con tantas capas de distintos colores como manos de rosicler<sup>1</sup> ha recibido la mejilla de una vieja duquesa. En medio de esta

---

1. N. del E. Color rosado, claro y suave de la aurora en alusión al maquillaje.

gruesa viga delicadamente esculpida, había un viejo cuadro que representaba un gato jugando a la pelota. El lienzo causaba el regocijo del joven; pero es de advertir que el más gracioso de los pintores modernos no hubiera inventado caricatura tan cómica. El animal tenía en una de sus patas delanteras una raqueta tan grande como él, y se erguía sobre sus patas de atrás para mirar con atención una enorme pelota que le devolvía un caballero de bordada casaca. El dibujo, los colores, los detalles, todo había sido empleado de manera que se pudiese creer que el artista había querido burlarse del comerciante y de los transeúntes. El tiempo, al alterar esta ingenua pintura, la había hecho todavía más grotesca a causa de algunas veladuras que por fuerza tenían que inquietar a los paseantes concienzudos. La cola moteada del gato estaba de tal suerte recortada que podía tomársela por un espectador: hasta tal punto era gruesa, alta y tupida la cola de los gatos de nuestros antepasados. A la derecha del cuadro, sobre un campo de azur que cubría de un modo imperfecto la carcoma de la madera, los transeúntes leían *Guillaume*; y a la izquierda, *sucesor del señor Chevrel*. El sol y la lluvia se habían comido la mayor parte del oro en polvo parcamente aplicado sobre las letras de esta inscripción, en la cual las *U* reemplazaban a las *F*, y recíprocamente, según las leyes de nuestra antigua ortografía. Con el fin de humillar el orgullo de los que creen que el mundo se va haciendo cada día más ingenioso, y que el moderno charlatanismo todo lo sobrepaja, conviene hacer observar aquí que estas muestras, cuya etimología parece extraña a más de un negociante parisiense, son las representaciones muertas de los cuadros vivos con ayuda de los cuales nuestros traviesos antepasados lograron llevar a sus casas a los parroquianos. De este modo, la *Cerda que hila*, el *Mono Verde*, etc., fueron animales enjaulados cuya habilidad maravillaba a los

transeúntes, y cuya educación demostraba la paciencia del industrial en el siglo XV. Curiosidades semejantes enriquecían más rápidamente a sus afortunados poseedores que las *Providencias*, las *Buena fe*, las *Gracia de Dios* y las *Degollación de San Juan-Bautista* que todavía se ven en la calle de Saint-Denis. Sin embargo, el desconocido no permanecía indudablemente allí para admirar este gato, que un momento de atención bastaba para grabar en la memoria. También el joven tenía sus características. Su abrigo, plegado según el gusto de los paños antiguos, dejaba ver un elegante calzado, que era tanto más notable en medio del barro parisiense, porque llevaba medias de seda blancas, cuyas salpicaduras atestiguaban su impaciencia. Salía sin duda de una fiesta o de un baile; ya que en hora tan temprana tenía en la mano guantes blancos; y los bucles de sus cabellos negros, desrizados, esparcidos sobre sus hombros, indicaban un peinado a lo Caracalla<sup>2</sup>, puesto de moda tanto por la escuela de David como por la afición a las formas griegas y romanas que señaló los primeros años de este siglo. Pese al ruido que hacían algunos hortelanos retrasados pasando al galope para acudir al mercado principal, esta calle tan frecuentada hoy, tenía entonces una tranquilidad cuya magia no es conocida sino de aquellos que han vagado por el París desierto, en esas horas en las que su alboroto, apaciguado por un momento, renace, y se oye a lo lejos como la gran voz del mar. Este extraño joven debía parecerles tan curioso a los comerciantes de *El Gato Juguetón* como *El Gato Juguetón* lo era para él. Una corbata de una blancura deslumbrante volvía aún más pálida de lo que en realidad era su cara atormenta-

---

2. N. del E. De nombre Lucius Septimius Bassianus (Lugdunum, actual Lyon, 188 – inmediaciones de Edesa, 217), Caracalla fue un emperador romano (211–217) de la dinastía de los Severos, cuyos cabellos rizados dan nombre a este peinado de moda en el s. XIX.

da. El fuego sucesivamente sombrío y chispeante que arrojaban sus ojos negros se armonizaba con los singulares contornos de su rostro y con su boca grande y sinuosa, que se contraía al sonreír. Su frente, fruncida por una contrariedad violenta, tenía algo de fatal. ¿No es la frente lo que el hombre tiene de más profético? Cuando la del desconocido expresaba la pasión, los pliegues que en ella se formaban causaban una especie de terror por el vigor con que se acusaban; pero cuando recobraba su tranquilidad, tan fácil de alterar, respiraba aquélla una gracia luminosa que hacía atrayente esta fisonomía en la que la alegría, el dolor, el amor, la cólera y el desdén se manifestaban de una manera tan comunicativa que no podían por menos de impresionar al hombre más frío. Nuestro desconocido se encontraba a tal punto exasperado en el momento en que fue abierta precipitadamente la claraboya del granero, que no vio aparecer en ella tres regocijados rostros redonditos, blancos y sonrosados, pero tan ordinarios como lo son las representaciones del comercio esculpidas en ciertos monumentos. Estas tres caras, que tenían por marco el de la claraboya, recordaban las cabezas de ángeles mofletudos repartidas con profusión en las nubes que acompañan al Padre Eterno. Los aprendices respiraron las emanaciones de la calle con una avidez que demostraba lo caldeada y mefítica que era la atmósfera de su granero. Después de haber señalado al singular centinela, el dependiente que parecía ser más jovial desapareció y volvió trayendo en la mano un instrumento cuyo metal rígido ha sido recientemente sustituido por un cuero flexible; después adoptaron todos una expresión de malicia mirando al curioso, a quien rociaron con una lluvia menuda y blanquecina cuyo perfume probaba que las tres barbillas acababan de ser afeitadas. Empinados sobre la punta de sus pies y refugiados en el fondo de su granero para gozar con la cólera de

su víctima, los dependientes cesaron de reír al contemplar el desdén indiferente con el que el joven sacudió su abrigo, y el profundo desprecio dibujado en su rostro cuando elevó los ojos hacia la claraboya vacía. En aquel momento, una mano blanca y delicada hizo subir hacia la imposta la parte inferior de una de las groseras ventanas del tercer piso, por medio de esas correderas cuyo torniquete deja a menudo caer de improviso la pesada vidriera que debe retener. El transeúnte fue recompensado entonces de su larga espera. La cara de una joven, fresca como uno de esos blancos cálices que florecen en el seno de las aguas, apareció coronada por una papalina encañonada de muselina, que daba a su cabeza un aire de inocencia admirable. Aunque cubiertos por una tela parda, se percibían su cuello y sus hombros, merced al desarreglo producido por los movimientos del sueño. Ninguna expresión de violencia alteraba la ingenuidad de aquel rostro, ni la tranquilidad de aquellos ojos inmortalizados anticipadamente en las sublimes composiciones de Rafael: había en ella la misma gracia, la misma tranquilidad ya proverbial de estas vírgenes. Existía un encantador contraste producido por la juventud de las mejillas de este rostro, sobre el cual el sueño había en cierto modo puesto de relieve una superabundancia de vida, y por la vejez de la ventana maciza de líneas groseras y de negro antepecho. Semejante a esas flores de día, que no han desplegado aún por la mañana su túnica arrollada por el frío de las noches, la joven, apenas despierta, dejó vagar sus ojos azules sobre los tejados vecinos y miró al cielo; luego, por una especie de costumbre, los bajó sobre las sombrías regiones de la calle, donde encontraron al punto los de su adorador. La coquetería la hizo sin duda sufrir al ser vista sin arreglar, se retiró vivamente hacia atrás, dio vuelta el torniquete usado, la ventana volvió a bajar con esa rapidez que, en nuestros días, le ha valido un



nombre odioso a esta inocente invención de nuestros antepasados, y la visión desapareció. Le parecía al joven que la más brillante de las estrellas de la mañana había quedado repentinamente oculta por una nube.

Durante estos pequeños acontecimientos, los pesados postigos interiores que protegían la ligera vidriera de la tienda de *El Gato Juguetón* habían sido retirados como por arte de magia. La vieja puerta con aldabón fue replegada sobre el muro interior de la casa por un servidor verosímilmente contemporáneo de la muestra, el cual ató a ella, con una mano temblorosa, la pieza cuadrada de paño sobre el cual aparecía bordado en seda amarilla el nombre de *Guillaume, sucesor de Chevrel*. Le hubiera sido difícil a más de un viandante adivinar el género de comercio del señor Guillaume. A través de los gruesos barrotes de hierro que protegían exteriormente su tienda, podían advertirse apenas unos bultos cubiertos de tela parda y tan numerosos como los arenques cuando atraviesan el océano. Pese a la aparente sencillez de esta gótica fachada, el señor Guillaume era, entre todos los comerciantes en paños de París, aquel cuyos almacenes se encontraban siempre mejor provistos, cuyas relaciones tenían más amplitud, y cuya probidad comercial era más exacta. Si algunos de sus cofrades habían cerrado tratos con el gobierno, sin contar con la cantidad de paño deseada, él estaba siempre dispuesto a entregársela, por muy considerable que fuese el número de piezas estipuladas. El astuto comerciante sabía mil maneras de apropiarse el mayor beneficio sin encontrarse obligado, como ellos, a acudir a protectores, haciéndoles bajezas o ricos presentes. Si los cofrades no podían pagarle más que en letras excelentes aunque a largo plazo, les indicaba su notario como hombre acomodaticio, y, gracias a este expediente, podía aún exprimir otra vez el género, lo que hacía decir proverbialmente a los comercian-

tes de la calle de Saint-Denis: «¡Dios os guarde del notario del señor Guillaume!» para designar un descuento oneroso. El viejo comerciante se encontró de pie como por milagro, en el umbral de su tienda, en el momento en que la criada se retiró. El señor Guillaume miró la calle de Saint-Denis, las tiendas vecinas y observó el tiempo, como un hombre que desembarca en el Havre y contempla de nuevo Francia después de un largo viaje. Asegurado de que nada había cambiado durante el sueño, reparó entonces en el transeúnte de centinela, quien, por su parte, contemplaba al patriarca de la pañería, como Humboldt debió examinar el primer gimnoto eléctrico que vio en América. El señor Guillaume llevaba un ancho calzón de terciopelo negro, medias adamsadas y zapatos cuadrados con hebillas de plata. Un frac de faldones rectos, de delanteros rectos y cuello recto envolvía su cuerpo, ligeramente encorvado, con un paño verdusco provisto de grandes botones de metal blanco aunque enrojecidos por el uso. Sus grises cabellos estaban tan exactamente aplastados y peinados sobre su cráneo amarillo, que le hacían asemejarse a un campo con surcos. Sus ojuelos verdes, como agujeros hechos con barrena, llameaban bajo dos arcos marcados por una débil rojez a falta de cejas. Las inquietudes habían trazado sobre su frente arrugas horizontales tan numerosas como las de su traje. Esta faz pálida denunciaba la paciencia, la prudencia comercial, y la especie de avidez astuta que reclaman los negocios. En esta época se veían menos raramente que hoy esas viejas familias que guardaban, como preciosas tradiciones, las costumbres y usos característicos de sus profesiones, conservados en medio de la nueva civilización como esos restos antediluvianos encontrados por Cuvier en los yacimientos. El jefe de la familia Guillaume era uno de esos notables guardadores de los antiguos usos: se le oía echar de menos al preboste de los

mercaderes, y jamás hablaba de una decisión del Tribunal de Comercio sin llamarla *sentencia de los cónsules*. Sin duda en virtud de estas costumbres era por lo que, levantado el primero en su casa, esperaba a pie firme la llegada de sus tres dependientes, para reprenderles en caso de tardanza. Aquellos jóvenes discípulos de Mercurio no conocían nada más temible que la silenciosa actividad con la que el patrón escrutaba sus rostros y sus movimientos, el lunes por la mañana, buscando en ellos las pruebas o los rastros de sus correrías. Pero, en este momento, el viejo pañero no prestó atención ninguna a sus aprendices. Estaba ocupado en buscar el motivo de la solicitud con la que el joven de medias de seda y abrigo dirigía alternativamente sus miradas hacia su muestra y hacia las profundidades de su almacén. El día, que se había hecho más luminoso, permitía ver en aquél el escritorio enrejado, rodeado de cortinas de vieja seda verde, en el que se encontraban los libros inmensos, oráculos mudos de la casa. El asaz curioso extranjero parecía codiciar el pequeño local, pues sacaba el plano de un comedor lateral, alumbrado por una vidriera practicada en el techo, y desde el cual la familia reunida debía ver fácilmente, durante sus comidas, los más ligeros sucesos que pudiesen ocurrir en el umbral de la tienda. Un amor tan grande hacia su mansión le parecía sospechoso a un comerciante que había sufrido el régimen del terror. El señor Guillaume pensaba por lo tanto con bastante razón que aquella figura siniestra abrigaba aviesos propósitos con respecto a la caja de *El Gato Juguetón*. Después de haber gozado discretamente del duelo callado que tenía lugar entre su patrón y el desconocido, el mayor de los dependientes se aventuró a colocarse en la misma losa sobre la que se encontraba el señor Guillaume, viendo al joven contemplar de reojo las ventanas del tercero. Dio dos pasos en la calle, levantó la cabeza, y creyó

distinguir a la señorita Agustina Guillaume que se retiraba con precipitación. Disgustado de la perspicacia de su primer dependiente, el pañero le lanzó una mirada ceñuda; pero, de pronto, los temores mutuos que la presencia del transeúnte excitaban en el alma del comerciante y del enamorado dependiente se calmaron. El desconocido detuvo un coche de alquiler que se dirigía a una plaza cercana, y montó en él rápidamente, afectando una engañosa indiferencia. Esta partida puso un cierto bálsamo en el corazón de los otros dependientes, bastante inquietos al hallar de nuevo a la víctima de su broma.

—Bueno, señores, ¿qué tenéis que hacer aquí con los brazos cruzados? —dijo el señor Guillaume a sus tres neófitos—. En otro tiempo, ¡canastos!, cuando yo estaba en casa del señor Chevrel, a estas horas ya había revisado más de dos piezas de paño.

—Amanecía, entonces, más temprano —dijo el segundo dependiente, a quien concernía esta tarea.

El viejo comerciante no pudo dejar de sonreír. Aunque dos de estos tres jóvenes, confiados a sus cuidados por sus padres, ricos fabricantes de Louviers y Sedan, sólo tuviesen que pedir cien mil francos, el día en que estuviesen en edad de establecerse, para conseguirlos, Guillaume creía que su deber era tenerlos bajo la férula de un antiguo despotismo desconocido en nuestros días en los brillantes almacenes modernos cuyos dependientes quieren ser ricos a los treinta años: él les hacía trabajar como negros. Entre los tres, se bastaban aquellos dependientes para llevar a cabo un trabajo que habría abatido a diez de estos empleados cuyo sibirismo hincha hoy las columnas del presupuesto. Ningún ruido turbaba la paz de esta casa solemne, en la que los goznes parecían siempre aceitados, y el menor de sus muebles presentaba esa limpieza respetable que denuncia un orden y